

NUEVOS DESCUBRIMIENTOS EN EL ALFARCITO

(Dep. de Tilcara - Prov. de Jujuy)

Por CIRO RENÉ LAFON

NOTICIA

Fué durante la temporada de trabajos arqueológicos en la Quebrada de Humahuaca correspondiente al año 1950 cuando tuvimos ocasión de visitar por primera vez este yacimiento, dado a conocer por Debenedetti¹ hace ya casi cuarenta años. Una breve recorrida por las cercanías de la Escuela Nacional y zonas adyacentes nos permitió reconocer algunas de las características puestas de manifiesto por su descubridor.

La temporada siguiente, en oportunidad de un viaje a *Casa Colorada* y *Campo de la Ovejería*, pudimos observar con mayor detenimiento los campos de cultivo y los restos de construcciones. Fué en ese momento cuando nos hicimos el firme propósito de llevar a cabo un estudio detallado de las mismas en cuanto nos fuera posible y, recién este año, nos ha sido dado cumplir nuestro viejo anhelo de consagrar una temporada de exploración y excavaciones a las ruinas de *El Alfarcito*.

Las razones que nos movieron a tomar esta determinación son varias, pero la más importante, es la necesidad de rever muchos de los yacimientos explorados y publicados en la época de oro de nuestra ciencia. Esta revisión debe hacerse no con afán de criticar o negar la obra de nuestros viejos maestros, sino con la finalidad de valorar, "in situ", sus esfuerzos, completarlos si es posible, y ubicarlos en el cuadro general de la arqueología argentina de nuestros tiempos, a la luz de las nuevas ideas y de los nuevos conocimientos.

¹ DEBENEDETTI, S., *Las ruinas prehispánicas de El Alfarcito (Departamento de Tilcara, Prov. de Jujuy)*, en *Boletín de la Academia Nacional de Córdoba*, tomo XXIII, pág. 283 a 318 (1918).

Otras razones, ya de carácter más particular, fueron las siguientes: a) comprobar, mediante observaciones exactas, la validez de la tesis aceptada generalmente, según la cual debe asignarse mayor antigüedad a *El Alfarcito* que a los restantes yacimientos de la Quebrada de Humahuaca; b) comprobar la veracidad de una hipótesis, bastante popular en nuestro medio, según la cual las andenerías de *El Alfarcito* fueron los campos de cultivo de la gente que tuvo su vivienda estable en el Pucará de Tilcara; c) determinar con claridad cuál es el contexto que acompaña a la singular alfarería negro, blanco y rojo que describiera Debenedetti y permitiera a Bennet definir el estilo Alfarcito Polícromo²; y d) aprovechar la oportunidad de estudiar intensamente un ejemplo de construcciones agrícolas de importancia tal.

El plan de trabajo que nos propusimos realizar constaba de dos momentos bien definidos, a saber, la exploración cuidadosa de las ruinas en toda su extensión para determinar los lugares de interés más inmediato y la excavación metódica de los sitios señalados.

Con estos proyectos, a primera vista muy ambiciosos, y con los informes publicados por Debenedetti como antecedente, iniciamos nuestra expedición el primero de enero del año en curso. Nos acompañaron en esta ocasión, en carácter de miembros de la Comisión de Estudios, el profesor Pedro Krapovickas y el señor Guillermo Madrazo, ambos pertenecientes al personal técnico del Instituto de Arqueología de la Facultad de Filosofía y Letras, que patrocinó el viaje. En las páginas que siguen expondremos el desarrollo y los resultados de nuestra primera excursión a *El Alfarcito*.

LA EXPLORACIÓN

El día 6 de enero quedamos instalados definitivamente en lo que de ahí en adelante fué nuestro centro de operaciones: un puesto frente a la Escuela Nacional de *El Alfarcito*, al pie del extremo más occidental de una de las lomadas cubiertas de andenes de cultivo. Ese mismo día contratamos los servicios del baqueano Sr. José Lino Guanuco, que en su lejana mocedad fué uno de los peones que trabajaron a las órdenes de Salvador Debenedetti.

² BENNETT, W. C. y Col., *Northwest Argentine Archaeology*, en *Yale Publication in Anthropology*, N° 38 (1948).

Al día siguiente, llevamos a cabo la primera salida, que tuvo como finalidad la identificación de los sitios excavados por el descubridor de las ruinas en 1917, valiéndonos de su libreta de viaje y del concurso de nuestro guía. Se trata en todos los casos de viviendas cuadrangulares que han sido excavadas únicamente en los ángulos, como lo prueba el amontonamiento de tierra en el centro. Todos estos sitios están ubicados en el espolón D, de acuerdo al croquis de la libreta de viaje de Debenedetti.

A medida que nos internamos en esa sección de las ruinas, comprobamos la existencia de recintos circulares, de dimensiones más bien reducidas, agrupados en número variable, entre cuatro y seis, sitios de vivienda sin duda, mucho más numerosos, aunque espaciados, de lo que parece desprenderse del anterior estudio de *El Alfarcito*. Todos fueron marcados con banderolas para su posterior excavación.

El primer hallazgo notable de estas jornadas iniciales del trabajo, fué una vivienda, de planta aparentemente circular —luego comprobamos que era rectangular— semisubterránea, con techo en forma de falsa bóveda, una parte del cual todavía se conserva. La puerta es baja, con su dintel intacto, umbral con lajas y escalones que permiten el acceso al nivel interno. Como detalles de gran importancia hacemos notar la presencia de un nicho en la pared sobre la que aparece la puerta y el uso de barro como mortero. Esta habitación forma parte de una unidad completada por un recinto poligonal irregular cuya exacta función por el momento se nos escapa (Lám. I, b).

Llamaron también nuestra atención numerosos amontonamientos de piedra, de altura regular y tamaño más o menos uniforme, que aparecían con regularidad junto a los muros de contención de los andenes. Evidentemente se trata de amontonamientos antiguos, por su aspecto, por su consolidación casi completa y por la pirca de escasa altura que los circunda por la base. Sin duda, son amontonamientos artificiales, de antigua data, producto de la limpieza menuda de los andenes antes de ser utilizados, pero para mayor seguridad, elegimos uno de ellos para hacer un corte transversal y estudiarlo en detalle. Es interesante destacar que estos amontonamientos se repiten regularmente en todos los sectores de las ruinas, con mayor o menor frecuencia.

En los alrededores de la casa vieja de Guanuco (lugar que sirvió a Debenedetti de alojamiento en su primera expedición) comprobamos

una vez más la existencia de varios grupos de viviendas, dispuestos según cierto orden, y de otros recintos de confusa interpretación, entre los que se destaca una casa semejante a la citada más arriba, semisubterránea y con techo en falsa bóveda, del cual se conservan todavía algunas lajas del techo. Este lugar fué marcado para su ulterior excavación. En esta zona, además de los andenes de cultivo, aparecen otras delimitaciones más anchas y más largas, como campos o tablones de cultivo, dispuestos a lo largo de pequeñas torrenteras cuya agua también debieron aprovechar para riego sus constructores.

Dirigida luego nuestra exploración hacia el sector opuesto, vale decir, hacia *Los Colorados*, que dan frente a la Escuela Nacional, en el último faldeo del espolón que se une a la cadena oriental de montañas, a cuyo pie nacen hacia el oeste las quebradas de *Las Cortaderitas* y *Los Coloraitos*, hallamos un recinto pircado de planta elíptica, con características especialísimas. El eje mayor, orientado en dirección este-oeste, alcanza a 20 metros de longitud, y el eje menor, en dirección norte-sur, mide 14 metros. Ha sido construído con una pirca doble cuyo ancho medio es de 1,20 metros y su altura máxima actual, alrededor de 1 metro. Los frentes de la pirca son de piedra y el interior relleno de barro y piedras menudas. En el exterior de la construcción aparecen otros tres muros, adosados al principal, de 1,70 de ancho y 0,60 de alto, y en el extremo oeste del recinto, un gran pilar de refuerzo, también adosado a la pared principal, dispuesto en dos grandes escalones, de un ancho total de tres metros (Lám. II, a).

En las proximidades desembocan los restos del trazado de una acequia que baja desde lo más alto de la Quebrada de Rupasca.

El trazado de esa acequia, dudoso a veces, es visible en cambio claramente sobre los cerros de enfrente, que constituyen la pared norte de la Quebrada de Rupasca, que remontamos luego hacia su iniciación, por encima de los tres mil quinientos metros, hasta donde están ubicadas las tomas, al nivel de una de las "estancias", lugar de pastoreo para las majadas de la zona. De allí nacen dos acequias antiguas, hoy secas y casi derruídas. Una de ellas, es la que llevó agua a la represa mencionada, que no otra cosa es el recinto que venimos de describir. La otra, que se prolonga a lo largo de la banda sur de la Quebrada de Rupasca, va a nutrir una segunda represa situada a la misma altura que la primera, unos kilómetros más hacia el sur.

La existencia de este evolucionado sistema de riego fué para nos-

otros en primer lugar, una sorpresa, y en segundo lugar, la solución para un problema que se nos planteó a poco de iniciada nuestra exploración: en algunos lugares no ha sido posible regar las sementeras según el procedimiento propuesto por Debenedetti y Greslebin y, aunque no descartamos la posibilidad de que en algunos casos se haya practicado el cultivo "a temporal", la regularidad de los andenes y algunos restos de canales hacían suponer otra cosa. El posterior hallazgo de dos represas semejantes a la citada confirmó nuestras presunciones.

La búsqueda del nacimiento de la acequia que alimentó la Represa I, nos permitió a la vez comprobar la existencia de nuevos andenes de cultivo a mayor altura, con seguridad hasta casi 4.000 metros, siempre sobre la ladera sur de la Quebrada de Rupasca, aunque también aparezcan algunos, escasos, sobre la ladera norte. Consignamos también aquí, que según informes de arrieros del lugar, existe, pasando el veril de esa cadena de cerros, un antigal importante. En esta ocasión, no hemos podido comprobar la veracidad de esta versión.

Las observaciones y descubrimientos que terminamos de adelantar sólo fueron posibles gracias a la difícil ascensión de la Quebrada de Rupasca, por el lecho del río, hasta pasar el llamado Cerro Amarillo, más allá de la vivienda actual conocida como la Casa de Rupasca. El cerro los oculta por completo.

El camino de descenso se llevó a cabo por la ladera sur, siguiendo siempre el trazado de la segunda acequia, un poco menos claro que la primera. Así, después de un penoso descenso, bordeamos por el sur el Cerro Amarillo, descendimos hasta el Ojo de Agua y vueltos al nivel de la acequia, continuamos hasta dar con la que llamamos la Represa II. Está construída al borde de uno de los "guaicos" que desembocan en la Quebrada de Amarillo Chico, en la orilla este de la misma y en línea recta de la casa vieja de Guanuco. Los dos "guaicos" descienden al este de un pequeño morro amarillo, que a su vez sirve de borde oriental al arroyo de Amarillo Chico. Todos estos arroyos y torrentes bajan directamente de la cumbre del cerro La Aguadita.

Las características de esta represa son semejantes a las de la Represa I, tanto en su muro doble, como en los refuerzos y en el pilar del extremo sur, lugar de máxima presión del agua cuando estaba llena, dada la inclinación del terreno. En el caso especial de esta segunda represa se observan perfectamente los andenes que descienden y,

con claridad evidente, un canal de distribución construido con dos hileras de piedras paralelas y fondo de lajas y piedras planas (Lám. I a). Las dimensiones de la represa propiamente dicha, alcanzan a 13 y 11 metros respectivamente, ya que su planta es ligeramente oval. Las fotografías que acompañan nuestra descripción dan una idea clara de cuál es el aspecto y estado actual de las ruinas.

Tal fué el resultado de nuestra exploración iniciada en Los Colorados y continuada a lo largo de la Quebrada de Rupasca. Como consecuencia del camino realizado en la excursión de ida, que nos permitió observar la Quebrada de Yorascancha y la gran extensión de andenes que la ocupan en su totalidad, nuestro próximo paso fué el reconocimiento de ese sector de ruinas.

Iniciamos nuestro recorrido cruzando Los Colorados por el abra que sale frente a la Escuela Nacional, en dirección al Norte, que nos llevó directamente a la quebrada de Yorascancha. La recorrimos desde su iniciación hasta un poco más al este de su confluencia con la de Los Coloraitos, frente al rastrojo que pertenece en la actualidad a Eulalio Flórez. Esta exploración, al igual que las anteriores, nos puso en contacto con abundantes construcciones, preferentemente andenes de cultivo, que se extienden en todo lugar aprovechable.

Como hallazgo excepcional es digna de especial consideración una vivienda construida contra uno de los andenes, que tuvo techo de lajas, hoy derrumbado y que en uno de sus extremos presenta una construcción subterránea perfectamente conservada, en un todo semejante a las que se conocen de *Titiconta*. El hallazgo en superficie de una moleta de sección trapezoidal, igual a las de aquella procedencia, no hace sino corroborar esta afirmación. En general, en toda esta área de Yorascancha, la cerámica que aparece en superficie es poco abundante y no muy significativa. Anotamos este sitio como uno de los que excaváramos en primer término, pero circunstancias imprevisibles nos obligaron a quedarnos sólo con su relevamiento y fotografía (Lám. II, b).

En este mismo lugar es notable también un pequeño morro, ubicado a continuación del espolón que separa las quebradas de Yorascancha y Los Coloraitos, interesante por la presencia agrupada de varios sitios de vivienda de planta circular, que aparentemente han sido techados por el sistema de falsa bóveda.

Siguiendo el filo de Los Colorados, observamos numerosos recintos y abundantes amontonamientos de piedra cuya finalidad ya hemos

puesto de manifiesto. Desde la altura máxima alcanzada en esta oportunidad, pudimos obtener una visión de conjunto clara y definida de la magnitud de las ruinas, de su distribución y, sobre todo, de la posible relación que puede existir entre el conjunto de las ruinas de *El Alfarcito* y sus peculiares características topográficas, que lo convierten en una cuenca endorreica y que no sería raro que hubieran influido en su evolución cultural. Además comprobamos que el croquis confeccionado por nuestro antecesor Debenedetti en su libreta de viaje, no se adecúa totalmente a la realidad, por la sencilla razón de que la perspectiva total sólo puede obtenerse desde la altura y desde algunos lugares determinados y sabemos, por sus propias manifestaciones, que sus exploraciones se redujeron a la parte más baja, en las cercanías de la Escuela Nacional, de la casa vieja de Guanuco y de Los Colorados.

La exploración de El Alfarcito en casi toda su extensión nos ocupó más de una semana y nos permitió lograr una idea cabal de su amplitud. Lo más importante quizás es, volvemos a repetirlo, las características fisográficas en relación con la distribución de las ruinas. No estábamos en condiciones de llevar a cabo, ni lo pretendimos, un relevamiento topográfico, pero sí hemos compilado un esquema de orientación y ubicación de aquéllas y de los diversos cursos de agua temporarios y permanentes que integran toda la cuenca que finalmente desagua hacia la Garganta del Diablo (fig. 1). De esta manera es posible señalar los sitios excavados por Debenedetti, nuestros hallazgos y nuestras excavaciones para suplir los relevamientos que no existen o que no conocemos todavía. Decimos esto porque no hemos comprobado aún si esta zona ha sido relevada por el Instituto Geográfico Militar o por Fabricaciones Militares, según parecen indicarlo algunas versiones.

Una cuenca cerrada, con cursos de agua que otrora fueron más ricos, que sin duda estuvo regularmente poblada durante cierto tiempo, puede permitir la posibilidad de su estudio como una unidad ecológica con fisonomía propia, hipótesis de trabajo que merecerá ser tenida en cuenta, máxime que algunos de los resultados de las excavaciones parecen admitir esa posibilidad en cuanto a la cronología y a las vinculaciones con el resto de la cultura omaguaca.

La intensa recorrida exploratoria ha proporcionado también algunas observaciones en lo que se refiere a distintos tipos de construcciones. Hay sitios de vivienda de planta cuadrangular y otros de planta circular. En algunos casos los hechos han sido de piedra dis-

puesta en falsa bóveda; en otros lugares es imposible determinar cómo fueron. Existen también ejemplos de vivienda ocasional o transitoria, que en algún caso se construyeron a manera de refugio contra grandes peñas —como los que describe Debenedetti— y en otros casos, fueron especialmente contruídos con pirca simple, sin cimientos, y, con toda seguridad, completados con ramas y hojas proporcionados por la vegetación de la zona.

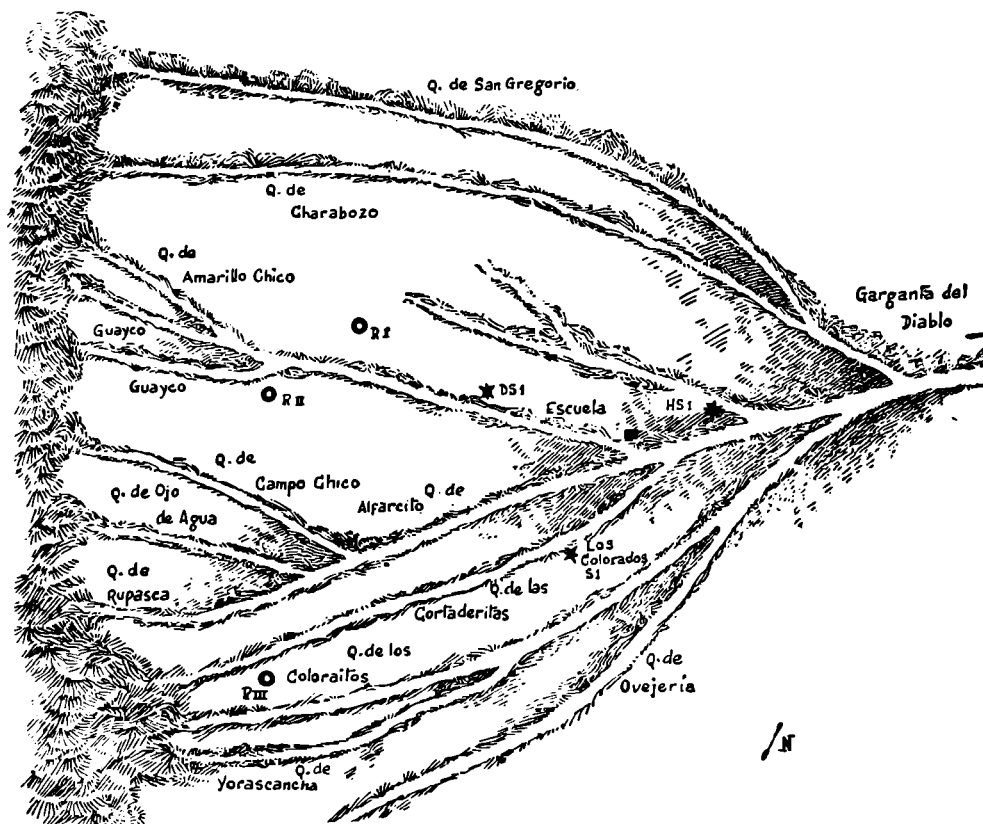


Fig. 1. — Esquema en donde se señala la orientación y ubicación de las ruinas de El Alfarcito.

También la especial disposición de los lugares que permiten el acceso hacia el este o el oeste son sugestivos. Por un lado, la salida hacia el Guasamayo, que desemboca en el Pucará; por el otro, la salida hacia el valle, poco menos que *Terra incognita* para la Arqueología.

Nuestra exploración fué larga y minuciosa, pero no fué completa. Nos faltó el extremo sur, Punta Corral, que sin duda reserva también sus sorpresas para cuando tengamos oportunidad de recorrerla.

En cumplimiento de la segunda parte de nuestro primitivo plan de trabajo, iniciamos la excavación en algunos de los sitios de interés inmediato que determinamos en el transcurso de nuestra extensa exploración. Razones ajenas a nuestra voluntad hicieron que esta tarea no fuera cumplida con toda la intensidad que hubiéramos deseado, pero sus resultados han sido suficientes para darnos una idea cabal de los secretos que guarda escondidos todavía nuestro yacimiento. Como la finalidad primordial de estas páginas es adelantar a nuestros lectores los primeros resultados de la expedición a *El Alfarcito*, nos limitaremos a hacer resaltar los descubrimientos más notables, sin insistir en el proceso técnico de las tareas de campo llevadas a cabo, proceso que, por otra parte, debe darse por descontado que ha sido realizado con toda la rigidez metodológica y honestidad científica que acompañan un trabajo arqueológico de tiempos actuales.

Nuestras excavaciones abarcaron tres lugares ubicados en zonas distintas del antigal, que pueden ubicarse en el croquis que confeccionamos después de nuestra detallada recorrida de las ruinas. En primer lugar, excavamos exhaustivamente el piso de la vivienda situada en las cercanías de la casa vieja de Guanuco; en segundo término, un recinto poligonal irregular, vecino a uno de los sitios excavados por nuestro ilustre predecesor, en el sector más cercano a la Escuela Nacional y, finalmente, un área pequeña del punto conocido como Los Colorados. Según nuestra nomenclatura de excavaciones corresponde, a cada uno de ellos, la siguiente denominación: HS 1, DS 1, Los Colorados S 1. La aparente dispersión de nuestros esfuerzos no fué fruto del azar, sino consecuencia de nuestro afán de sondear varios y diversos lugares con el objeto de obtener la mayor cantidad posible de datos para planear, sobre bases más firmes, una segunda temporada de excavaciones, que confiamos llevar a cabo en fecha próxima. Para esta oportunidad dejamos el sondeo de la zona ubicada a mayor altura, zona en la que aparecen las represas y la casa reconocida al comienzo de la exploración.

A continuación se da un resumen sumario de los hallazgos que corresponden a cada uno de los sitios excavados según el orden ya indicado.

HS 1. — Casa semisubterránea, de planta cuadrangular ligeramente

asimétrica, con las siguientes medidas: 2.40 x 1.90 x 3 x 1.60. El espesor medio actual de las paredes, alcanza a 1.20 metros. El techo fué construído con el procedimiento de "falsa bóveda", como lo prueban algunas de las lajas que todavía se conservan, como así también



Figura 2

las que, luego de derrumbarse, cayeron al interior de la habitación. Una de ellas, sin duda una especie de viga maestra, alcanza casi dos metros de longitud. La altura del techo, medida entre las lajas que se

conservan y el piso, una vez limpio de escombros y material de depósito, llegó a 1.30 metros.

Realizamos una excavación cuidadosa, que permitió reconocer los restos de tres fogones, en lugares distintos, y también a profundidad distinta: el más profundo a 60 centímetros del nivel a que se inició el trabajo. El análisis de nuestros niveles artificiales de 20 centímetros demostró que todo el piso de la habitación pertenece a una misma capa cultural, en la que aparecen varios tipos de cerámica distintos, asociados íntimamente: el negro sobre rojo, que caracteriza a la Quebrada de Humahuaca, el Angosto Chico Inciso, perfectamente individualizado y una serie de fragmentos de una alfarería inconfundiblemente hispánica, de gran espesor, de grano fino, muy bien cocida, hecha con torno y de superficie vidriada. A la misma asociación debe adscribirse una punta de flecha sin pedúnculo, con talla bifacial. No comprobamos en ningún lugar del piso rastros de inhumación, ni señal alguna de que las capas hubieran sido removidas. Las lajas del techo derrumbadas y la vegetación natural que cubría estos restos aseguran la veracidad de los resultados.

A primera vista, el balance de nuestro primer sondeo fué alentador, con sugerencias cronológicas no sospechadas hasta el momento, en un yacimiento tenido como el más antiguo de la cultura omaguaca.

DS 1. — Recinto pircado, de planta poligonal irregular, de apariencia casi circular, cuyo diámetro mide 5.50 metros. La elección de este sitio fué motivada por el hecho de que en las cercanías, casi limítrofes, se hallan algunos de los sitios excavados por Debenedetti en 1918, que ostentan características y estructuras distintas.

Previo el cuadriculado del terreno, procedimos a la excavación minuciosa del piso, que demostró también homogeneidad cultural, resultante de haber estado ocupado durante cierto tiempo por la misma gente. La capa fértil, a medida que avanzaba la excavación, comenzó a descender con cierta brusquedad al acercarnos al centro geométrico del recinto, prueba indudable de la existencia de una cavidad artificial en ese lugar. En efecto, aparecieron cuatro grandes cántaros, dos de ellos bastante destruidos y los otros dos casi intactos (Lám. I, c). La boca del cántaro central estaba a 21 centímetros de profundidad por debajo del suelo actual y, considerando que el fondo real del recinto oscila entre los 20 y 25 centímetros, cabe suponer que las bocas estuvieron al ras del suelo. Además, da la impresión de que han sido enterrados en

momentos distintos, como si dos de ellos hubieran sido enchufados en los otros dos ya existentes. En ambos casos, las bases descansaban sobre una piedra plana y un lecho de arena roja, precedente, sin duda, de Los Colorados vecinos, y calzados con varias piedras más pequeñas. La observación y zarandeo de la tierra que contenían no permitió ninguna suposición acerca de cuál fué su contenido original.

En uno de los ángulos ubicados hacia el sudceste, aparecieron unas piedras de tamaño irregular dispuestas más o menos en círculo, como a manera de rudimentario brocal. Extrajimos de su interior los huesos de un individuo adulto, en cuellillas, mezclados con los de otro de menor edad, en muy mal estado de conservación. Se trata en ambos casos de entierros primarios, sin ajuar. La boca de la sepultura, delimitada por una única hilera de piedras, tenía 60 centímetros de diámetro, y la fosa, entre 65 y 70 centímetros de profundidad.

En las cercanías de este hallazgo comenzó a descender nuevamente la capa fértil y empezaron a verse unas piedras, a 40 centímetros de profundidad, que parecían delatar un nuevo sepulcro. Sin embargo, la continuación del trabajo, demostró que el supuesto sepulcro era nada más que una concavidad de 1 metro de profundidad y 1.10 de diámetro, rellena con piedras de diverso tamaño, unidas entre sí por barro solidificado que contenía tiestos, huesos rotos y trozos de carbón, cuya función ignoramos por el momento. Algunos fogones, a profundidades variables, prestan carácter de residencia habitual a todo el recinto. No tuvimos la suerte de hallar ningún resto o señal que nos permitiera alguna sospecha acerca de cuál fué el procedimiento utilizado para techarlo.

LOS COLORADOS S 1. — Sobre la orilla derecha del arroyo que corre por la Quebrada de Las Cortaderitas, próximo al arriendo de Francisco Guanuco, aparecieron en la barranca, al nivel del suelo, las bocas de cuatro grandes cántaros de paredes muy gruesas.

El cántaro número tres contenía los restos de un individuo adulto, encogido, ligeramente recostado sobre el lado derecho, cuyo cráneo presentaba una marcada deformación tabular erecta. Carecía de de ajuar, puesto que una punta de flecha triangular con pedúnculo, de obsidiana, que aparecía descansando sobre la columna vertebral, en el interior de la cavidad torácica, ha sido quizá la causa de la muerte y no una ofrenda mortuoria. Los restos habían sido depositados sobre algunos tiestos toscos, gruesos, que a su vez, estaban sobre un montón

de tierra negra, verdosa, con residuos orgánicos, que llenaba el fondo, producto de la descomposición de la sustancia que contenía el cántaro. Esto indicaría la utilización accidental del cántaro como urna funeraria, lo que no resta importancia al hecho en sí de la inhumación de un adulto en urna, hecho poco frecuente en el área omaguaca y, por lo tanto, digno de ser tenido en cuenta.

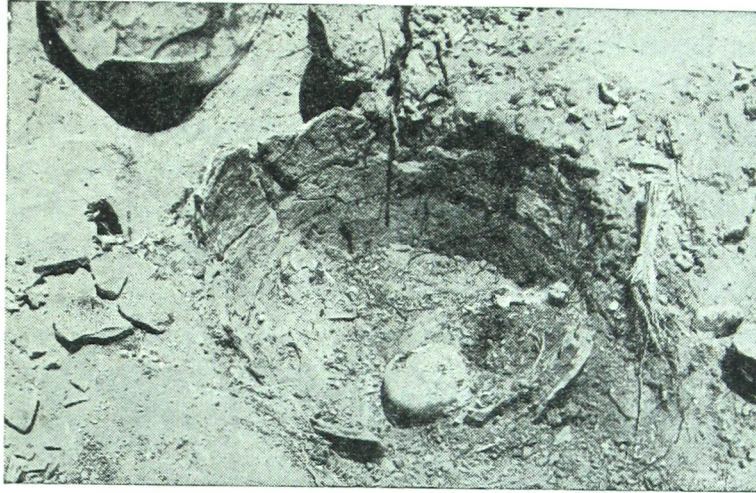


Figura 3

El cántaro número cuatro tenía en el fondo cierta cantidad de trozos desprendidos del borde, mezclados con tierra carbonizada, restos de ceniza, trozos de carbón, y un hueso calcinado en parte. Recogimos con precauciones estos materiales para someterlos al análisis de un especialista. Cabe la posibilidad de que nos encontremos en presencia de un caso de cremación. Todos los cántaros descansaban, como en el caso del recinto DS 1, sobre un lecho de arena rojiza y una piedra plana.

En la misma barranca, unos dos metros más arriba, aparecieron, entre el material de arrastre, algunos pequeños fragmentos de cerámica negro-gris, dura y compacta; luego apareció un fondo de vaso del mismo material, que no volvimos a encontrar mientras duraron las excavaciones. Esto nos hace suponer que su presencia en el sitio es resultado de derrumbes o arrastres, frecuentes en el lugar.

Un poco más arriba, apareció un entierro múltiple. Dos cadáveres enterrados en un recinto, limitado en uno de sus extremos por dos lajas

verticales. Por fuera del recinto y adosado a una de las lajas, un tercer cadáver y una urna conteniendo los restos de un niño de corta edad. El cadáver citado en primer término tenía un collar de cuentas pequeñas. Luego, por debajo del cadáver número dos, apareció otro párvulo inhumado directamente, que tenía un collar de cuentas de malaquita. Finalmente, por debajo de éste, un quinto cadáver, sin cráneo.

Otra de las inhumaciones verificadas en el mismo sitio, permitió comprobar la existencia de un tipo de sepulcro de características especialísimas, ilustrado por el entierro número dos. Fosa de sección casi circular con tres lajas paradas, una a continuación de la otra en el extremo ESE y tapa compuesta por tres series sucesivas de lajas grandes superpuestas, que no constituyen una falsa bóveda. Profundidad: 70 centímetros; diámetro: 75 centímetros. Contenía dos cadáveres, de cráneo normal, sin ajuar. Como se ve, un tipo especial de construcción funeraria que no reconoce antecedentes en la zona.



Figura 4

Hasta aquí, los aspectos más salientes de nuestras excavaciones, que al igual que la exploración previa, nos han demostrado un Alfarcito que mucho difiere del que nos presentara Debenedetti. La primera serie de resultados es motivo del acápite siguiente. Pero las conclusiones más que tales, deben ser interpretadas como hipótesis de trabajo, susceptibles de ser más elaboradas y, por qué no decirlo, desechadas por investigaciones posteriores.

CONCLUSIONES

El carácter de introducción que hemos dado a nuestro trabajo no presta a sus conclusiones valor definitivo pero, aunque sujetas a modificaciones posteriores abren nuevas posibilidades para la arqueología de *El Alfarcito*. Los resultados que consignamos a continuación justifican, por sí solos, nuestra afirmación de que es necesario rever muchos de los yacimientos de los considerados hasta hoy "clásicos" o "agotados", para lograr una clara perspectiva de las culturas aborígenes de nuestro país. Las cuatro primeras conclusiones enunciadas se refieren directamente a las razones que nos movieron para elegir a *El Alfarcito* como primer lugar de revisión y las restantes, a aspectos más particulares, ampliamente sugestivos de por sí, que quizá puedan variar nuestra actual idea de la cultura omaguaca.

I) El hallazgo de cerámica de manufactura hispánica en uno de los sitios excavados, de nichos en las paredes de orto, el uso bastante frecuente del barro en la construcción de las pircas y la presencia de alguna alfarería incaizante, demuestran a las claras que por lo menos algunos sectores de las ruinas estuvieron habitadas hasta muy avanzado el período colonial y que sufrieron influjos de la cultura incaica. Esto, si bien no invalida totalmente la tesis de una mayor antigüedad para este yacimiento, lo restringe a algunos sitios que pueden haber estado habitados en tiempos anteriores a la llegada de aquellas influencias.

II) La aparente escasez de lugares de vivienda no es razón suficiente para atribuir los campos de cultivo de *El Alfarcito* a la gente que habitó el *Pucará de Tilcara*. No hemos encontrado en esta, nuestra primera campaña, ninguna traza de población aglomerada, pero consideramos que su presencia no es imprescindible. Pudo tratarse de población agrícola dispersa, como lo sugiere el hallazgo de grupos variables, de tres o cuatro habitaciones, distribuidos con cierta regularidad a lo largo de la zona central de las ruinas, a los que deben agregarse los que Debenedetti denominara "refugios" y nosotros "vivienda transitoria". Un estudio ecológico y antropogeográfico, que relacionara la extensión de los sembrados con la cantidad de personas que pudieron mantener, nos acercaría a la solución del problema. La misma distribución actual de la población rural nos podría dar el punto de partida.

III) Con relación al contexto que acompaña al estilo *Alfarcito Polícromo*, nada podemos afirmar. Ni en nuestra extensa exploración,

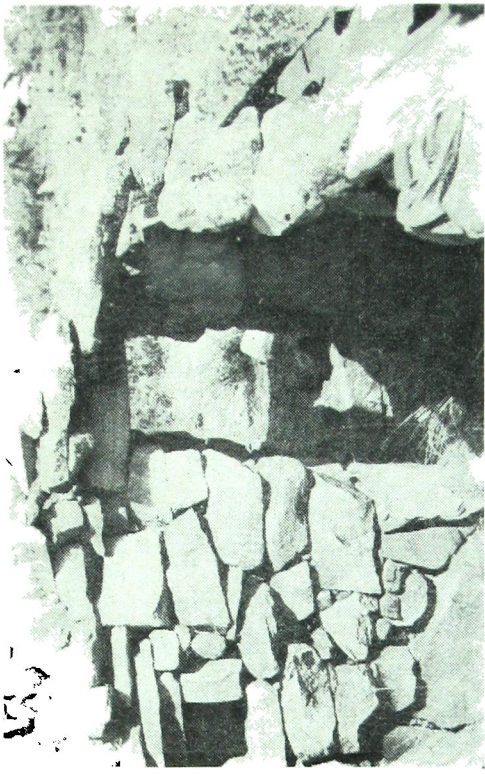
durante la cual hicimos recolección de superficie, ni en la excavación subsiguiente, apareció un solo fragmento que atestiguara su existencia. Esta circunstancia hace más necesaria aún la prosecución de las excavaciones, pues puede tratarse de un estilo poco frecuente, que aparezca sólo en un momento determinado o en determinadas tumbas. Es necesario tener presente el caso del estilo Condor Huasi Polícromo como hipótesis inicial.

IV) La extensión y complicación de los andenes de cultivo, el sistema de riego con represas y canales de distribución, el aprovechamiento intensivo del suelo para las tareas agrícolas, que se practicaron en ciertos lugares a alturas superiores a los 4.000 metros y el hecho de que *El Alfarcito* esté ubicado en una cuenca prácticamente cerrada, sugiere la posibilidad de encarar su interpretación desde un punto de vista nuevo. Teniendo en cuenta que a primera vista resiste la comparación con alguno de los valles agrícolas del norte del Perú, no puede descartarse la posibilidad de que se trate de algo semejante y puedan hallarse testimonios de una larga ocupación temporal, como parecen indicarlo algunos de los restos encontrados.

V) La presencia de cierta cerámica negro-gris, dura, lisa, compacta, puede vincularse a la existencia de horizontes culturales más antiguos que los sospechados hasta ahora, lo que se ve corroborado por el hecho de que hay sitios en los cuales no aparece para nada la alfarería omaguaca típica. Ambas proposiciones robustecen nuestra conclusión anterior.

VI) La existencia de habitaciones cuya técnica de construcción reproduce con caracteres de identidad la de otras conocidas para *Titiconta*, demuestra una vez más que las facies culturales que integran el sector de altas culturas de nuestro país, no pueden estudiarse aisladamente, extrayéndolas del complicado mosaico que constituyen entre sí. La inhumación de adultos en grandes cántaros, que hicieron las veces de urnas funerarias, contribuye a robustecer nuestra aseveración y a recordarnos los grandes movimientos de pueblos que se efectuaron antes de la llegada de los españoles y cuyos ecos recogieron todavía algunos de los primeros cronistas.

VII) La costumbre de inhumar dentro de las habitaciones es el vínculo más fuerte entre nuestro yacimiento y los restantes de la Quebrada de Humahuaca, pero la construcción de los sepulcros di-



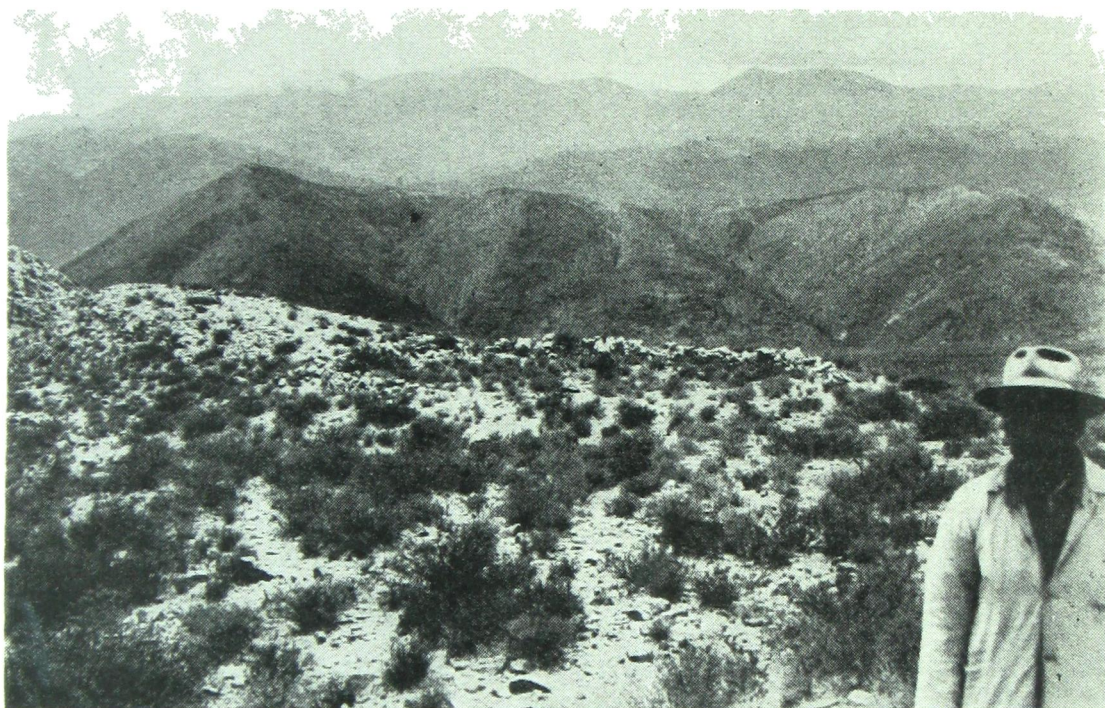
b Vivienda rectangular semisubterránea.



c Cántaros exhibidos en el centro del horno.



a Un canal de distribución construido con dos hileras paralelas de piedras.



a — Vista panorámica de la represa 1.



b — Aspecto de la construcción subterránea de la Quebrada de Yonacancha

fiere mucho de los que conocemos para el *Pucará de Tilcara* o para *Angosto Chico*, que pasan por ser los más característicos de los antiguos *Omaguacas*. Los sepulcros del recinto excavado por nosotros en segundo término, apenas delimitada su boca por una línea irregular de piedras, o los excavados en Los Colorados, delimitados por tres lajas verticales y con tapa de lajas también, nada tiene que ver con aquéllos. Ambos tipos carecen de ajuar, salvo un caso, que proporcionó un puñado de cuentas de malaquita. La inhumación de párvulos en urna configura también un rasgo cultural presente en muchos yacimientos a lo largo de la Quebrada y zonas de influencia.

VIII) Una circunstancia digna de especial mención es el hallazgo frecuente de esquiras y puntas de flecha con talla bifacial en unos casos, monofacial en otros, confeccionadas en obsidiana, material que no existe en la zona. Esto ocurre en el sector de Los Colorados, mientras que en el sector de la casa vieja de Guanuco, predomina como materia prima la cuarcita y las flechas son sin pedúnculo.

IX) Finalmente, confiamos en que excavaciones posteriores permitan clasificar cronológicamente las ruinas de *El Alfarcito*, que como venimos de hacer notar, dan la impresión de haber estado ocupadas durante largo tiempo por un pueblo de agricultores superiores que alcanzó hasta el período colonial, que sufrió directa o indirectamente el influjo incaico y que, con seguridad, lo precedió. Este grupo humano tuvo rasgos culturales que lo vinculan estrechamente con el que pobló la Quebrada de Humahuaca, aunque no se presenten en este caso con toda su pureza, pero también se manifiestan otros que sugieren contactos muy estrechos con los pueblos de las tierras bajas más orientales.